

de venir á batalla, la cual fué muy reñida, sin embargo de darse con poca gente: pero herido el 1292. General francés, y sacado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger; el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofía, porque, siendo Gobernador de Cotron por el Rey de Aragon, habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla, y recogida la gente á la armada, dirigióse hácia Levante, costó la Morea, entró de noche y saqueó á Malvasia, taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entretanto las negociaciones de paz entre los Príncipes enemigos; y era difícil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estrecha entre las casas de Nápoles y Francia, la adhesion de los Papas á su partido por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia, el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Carlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por base la renunciacion de la isla, á menos de que Don Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesion de aquel estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran Don

Pedro su padre. Blandeó, pues, al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el Rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y á su hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del Rey de Nápoles, y por un artículo secreto le prometió el Papa la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones los sicilianos enviaron embajadores á Don Jaime á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el Rey algun tiempo mientras se terminaba el tratado; y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la Infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el Rey Carlos su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricos hombres y caballeros, que á la sazón se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras:

*Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre, y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto teson hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sici-*

lia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el Rey de Aragon es quien la abandona, teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna, que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está el reino de Sicilia, conquistada la Calabria toda, y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un Monarca que nos tuviese en mas precio, y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un Rey, que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no solo abandona á sus mas fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de sus enemigos? ¿Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya antes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas, y las vean teñidas aun con la sangre de los suyos! Decid, ¿á quién quereis que nos demos? ¿Será á aquel que, siendo Príncipe de Salerno y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel que en un dia quitó el reino y la vida al Rey Mansfredo su padre? Pero la miseria y la injusticia producen fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño óil que se compra y se enagena por interés y dinero. Buscamos á la casa de Aragon

para que fuese nuestra protectora, la juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos, y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragon nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un Príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos quereis que seamos: mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por Rey á Don Pedro vuestro padre.

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el Rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad que habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana; añadiendo que nada les decia acerca del Infante Don Fadrique, porque éste, como buen caballero, sabria bien lo que habia de hacer.

Ocupaba en aquella sazón la silla pontificia Bonifacio VIII, Papa célebre por su ambicion y su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con Don Fadrique, y el Infante, luego que le vió Papa, le envió una embajada á congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió que viniese á verle con Juan Prochita, Roger de Lauria, y algunos Baro-

nes de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla, y tratar del acrecentamiento de aquel Príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el Papa viese la gentil disposicion del Infante, y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines que queria, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse despues á Roger, y considerándole despacio: *¿Es este, dijo, el enemigo tan grande de la iglesia, y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes? Ese mismo soy, Padre santo,* respondió Roger: *mas la culpa de tantas desgracias es de nuestros predecesores y vuestra.* Tras de estas y otras pláticas Bonifacio se separó con Fadrique; y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último Emperador latino de Constantinopla; y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El Infante admitió la oferta; prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla. En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz ajustada entre el Rey de Aragon y sus enemigos. Mas quando los embajadores, enviados á este fin, volvieron con la respuesta y declaracion

definitiva de Don Jaime, sacando fuézas de su desesperacion misma, los sicilianos en parlamento general del reino, celebrado en Palermo, pidieron al Infante Don Fadrique que se encargase de aquel estado; lo cual consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los Barones y Señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenia con el Rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia; luego que estuvo cierto de ella, y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí á este fin, él fué quien aclamó Rey de Sicilia al Infante, y él fué quien probó que esto le era debido por disposicion divina, por la sustitucion que habia hecho en él su hermano Don Alonso, y por general eleccion de todos los sicilianos. El Papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embajadores para estorbarla; pero fueron arrojados de la isla sin ser oidos. Don Jaime publicó un edicto, mandando á los guerreros aragoneses y catalanes, que estaban en Sicilia, se viniesen para él; viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra, que ya preveía entre él y su hermano. Algunos obedecieron; pero los mas que se quedaron en Sicilia á persuasion de Don Blasco de Aragon, que

á despecho de Don Jaime habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que antes habia dado á Don Fadrique. Este caballero les dijo, que perteneciendo al Infante aquel reino, y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie deberia tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de cualquier Príncipe. Era Don blasco uno de los mas señalados de aquel tiempo por su linaje, sus hazañas y sus virtudes: su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas; y puede decirse que su presencia en Sicilia fué lo que mas contribuyó á mantener su independenciam en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habia sido nombrado almirante por Don Fadrique, y le acompañó en su primera expedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fé que le habia prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entonces defendida por Pedro Russo, uno de los Barones mas acreditados de Nápoles. Habia el Rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habia de embestir ó no á Catanzaro. El almirante fue de parecer que se acometiese antes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados; los cuales rëndidos, la empresa de Catanzaro sería

mas facil. En un hombre tan arrojado como Roger pareció extraño que propusiese el partido mas tímido; y todos lo atribuyeron al parentesco que tenia con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle; hasta que el Rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa, y autorizar sus armas, dijo, que si los enemigos los veían acometer las plazas débiles, y huir de embestir á las fuertes, menospreciarian su poder; y que por esto convenia acometer desde luego lo mas árduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictamen, y el ejército embestió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de cuarenta dias, á condicion de rëndir la plaza, si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido; y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanías asentó Don Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que le guarnecian se movió un alboroto, y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los sicilianos; y estos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los franceses, que retirados al castillo, creyeron que todo el ejército enemigo venia sobre ellos; y tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó á Don Fadrique, desarmado

como estaba, subió á caballo, y tomando una maza corrió con algunos caballeros ácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño; y el Rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenía al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger; y su violacion, aunque imprevista, fué para su ánimo orgulloso un desaire á su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del Rey, y renunciando su empleo de Almirante, se despidió de él diciéndole, *que él no era mas famoso por sus servicios y sus victorias, que por su exactitud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacía; que esta fama de leal le hacía ilustre entre italianos, franceses, españoles, moros y orientales: que aquella violacion era una mancha en su fé, la cual mancillaba su buen crédito, y disminuía su autoridad: que le diese pues licencia para retirarse de su servicio; y que presto llegaría tiempo en que sus émulos, confundidos con el peso de los negocios y defensa de aquel reino, confesarían la sencillez y la fidelidad con que Roger servía á su Rey.* Este, alterado con aquella resolucion, le respondió indignado, *que se fuese donde gustase,*

*aunque fuese á sus contrarios; porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni menos conocidos los premios que se le habian dado: sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la qual no quería él sufrir por nada en el mundo.* Hubiera pasado á mas la alteracion á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el Rey, y Roger pidió perdon de su demasia, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el Rey de Aragon habia intimado públicamente á Roger que entregase al Rey Carlos el castillo de Girachi; y que de no hacerlo, procedería contra él y sus bienes como señor contra vasallo: sabian que ademas de este requerimiento público habia tratos secretos entre el almirante y Don Jaime; y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dejar el servicio de Don Fadrique.

Mas, sea que estos tratos aun no tuviessen la correspondiente madurez, ó que todavía Roger estuviese de buena fé asistiendo á este Príncipe, lo cierto es, que después de este lance, él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial; sitiada por el Conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta

clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa; y viendo la oportunidad de su situación y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas, y fortalecerla con baluartes. De allí pasó con la armada á Brindis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del Rey Carlos, mandados por un francés distinguido, llamado Gófredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras; fortificó un puesto, y desde él comenzó á talar los campos, y estragar la tierra. Al dia siguiente, como estuviése sobre el puente de Brindis, cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores, estos se desmandaron, y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos á recogerlos. Al instante los enemigos embistieron el puente casi indefenso: el puesto fortificado por los sicilianos, y las galeras donde podian recogerse estaban lejos; y solo haciéndose fuertes en el puente, podian evitar el riesgo de ser muertos ó presos. Cargaron, pues, unos y otros á aquel punto, en que consistia la salvacion de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el ímpetu enemigo, mientras que Roger, animando á los suyos con el nombre de Lauria, que repetia á gritos, entró de los primeros en el puente, y cerrando con el general francés, le hirió en el rostro, y le hizo caer del ca-

ballo. A esta desgracia juntándose el estrago que hacia en los enemigos la terrible ballestería del Almirante, volvieron al fin la espalda, y abandonaron el puente; desde donde los nuestros se recogieron libremente á su campo fortificado.

Quando Roger dió la vuelta á Mecina, halló en ella al Rey Don Fadrique y á dos embajadores del Rey de Aragon, que venian á pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Iscla ó Prochita. Traían tambien una carta para el Almirante, en que Don Jaime le encargaba persuadiese al Rey de Sicilia que consintiese en aquella conferencia. Para tratar este punto se celebró parlamento en Chaza; y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del Rey de Aragon, á quien así Don Fadrique, como toda la Sicilia, debian reconocer por superior. Las razones en que el Almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel Príncipe, de la flaqueza de la Sicilia, y de la esperanza que podia haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los Barones y Síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del Rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si Don Jaime venia armado contra su hermano, éste le recibiese á mano armada tambien, y la guerra decidiese su querrela.

Vuelta la corte á Mecina, Roger mostró á Don Fadrique una carta del Rey de Aragon, en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia de ejecutarlo; ofreciendo delante de Conrado Lanza, que solicitaria con aquel Monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Dióselo el Rey, y le concedió ademas dos galeras, que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenia en Calabria antes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á Don Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedición á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacia para visitar sus castillos, se habia avistado con los generales del Rey Carlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decian que su cuidado en pertrechar sus fortalezas, manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del Rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besarla, y el Rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire; y Don Fadrique le responde, que un hombre que se entiende con sus enemigos, ya no es su vasallo: mándale ademas que quede arrestado en palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso: *Nadie, exclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el Rey de Aragon esté con ella: ni es este el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.* Ninguno osaba llegarle á él; y respetando al cabo la palabra del Rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la

sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palici, que tenian grande autoridad con el Rey, salieron por sus fiadores, y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo, se dirigió á una de las fortalezas que tenia en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fiadores se habian obligado; y el Rey, temiéndose un escándolo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del Rey de Aragon llevaban tambien el encargo de pedir á la Reina Doña Constanza y á la Infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la Infanta y Roberto, Duque de Calabria, heredero del Rey Carlos. Vino en ello Don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de Lauria salieron á un tiempo de Sicilia. Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo, y como expelidos, dejasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo habia libertado la isla, y el guerrero invencible que la habia defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes antes eran mortales enemigos. Roger perdía en la separacion no solo los grandes estados que tenia en Sicilia,

sino caudales inmensos que habia puesto en poder de mercaderes. El Rey Don Fadrique se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del Almirante, que desde ellas habian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de Almirante de Aragon, el de Vice-Almirante de la Iglesia, el estado de Consentaina, y el enlace de su hija Beatriz con Don Jaime de Ejérica, primo hermano del Monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacia en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar sin embargo que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que parecería mas grande al frente de las fuerzas sicilianas, y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfia, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraido por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y á su fama.

El alma de aquella nueva confederacion era el Papa, y á nombre de la Iglesia se hacia todo. El Rey Don Jaime fué á Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el Duque Roberto, recibió la investidura del reino de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entretanto Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el Rey de Nápoles, entró en Calabria, con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia esta-

ban por Don Fadrique. Hallábase ausente Don Blasco de Alagon, general en Calabria por Sicilia; y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el Rey Carlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse, si dentro de treinta dias su Rey no enviaba socorro tal, que pudiese ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un dia antes de cumplirse el plazo llegó Don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el Conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos; y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acudieron á tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en órden de batalla delante de la ciudad; y el Almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas, y unos pocos almugávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con sólo oír el nombre de Lauria ya se creían seguros de la victoria; el sol le era contrario, y el guerrero que tenía contra sí estaba tambien acostumbrado á pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabia ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caido y abandonado junto á un valladar, fué